


Sintaxis 

## Pequeñeces

Así como hay quienes pueden tener sueños de grandeza, otros pueden haberlos que tengan sueños de pequeñez. Y mientras los primeros fijarán sus ilusiones en proyectos de muy difícil realización por lo inasequibles a ciertas posibilidades, los segundos, los de los sueños de pequeñeces, se contentarían con ver realizados unos deseos bien modestos. Tales como representa la continuidad de la única cobla que casi siempre ha existido en San Feliu.

Dícese que va a desaparecer la actual, y ello representa para nuestra ciudad un contratiempo muy notable. Nuestras noches estivales necesitan de las sardanas como los hoteles necesitan de los turistas. Y las necesitan las fiestas patronales así como las callejeras.

Una cobla ha sido siempre una cosa consubstancial con nuestro pueblo, y nuestra ciudad no puede perderla.

Los sueños de grandeza puede que tiendan a desfigurarse la faz nuestra, pero estas pequeñeces como es nuestra cobla son su alma y si esta desaparece, entonces, es que todo se ha perdido.

Por esto nosotros nos contamos entre los segundos soñadores; nuestra ilusión está fija en las cosas pequeñas.

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
22 NOVIEM. 1956

Núm. 458

Año IX

# Áncora

Correo de las  
**LETRAS**

## "LOS OTROS"

DE **LUIS ROMERO**

En el mismo estilo de «La Noria», en la misma técnica, ha sido escrita esta nueva novela de Luis Romero, número 122 de «Ancora y Delfín». Las cerradísimas acotaciones en las que encierra a sus personajes, si bien le permiten, aunque no lo haga siempre, un más profundo estudio de cada uno de ellos, producen al mismo tiempo en el ánimo del lector una rara sensación de multiplicidad del tiempo, como si cada una de las vidas descritas tuviese su particular reloj; particular, e independiente del absoluto y único camino del sol. En esta novela seguimos el curso de un día cualquiera, de un sábado cualquiera, porque un sábado eligió el autor como marco de su obra, en una ciudad que se llama Barcelona, pero que pudo muy bien tener otro nombre. Seguimos este día sin rendijas en el orden cronológico. Los diferentes personajes, como atletas de una carrera de relevos, se van pasando de mano en mano la antorcha, que, en este caso, no es más que un reloj. No obstante este riguroso orden, las horas no nos parecen consecutivas. Sentimos, a cada relevo, la sensación de penetrar en un tiempo y en un calendario distintos. Desde luego, cada vez penetramos en un mundo nuevo; tantos mundos como personajes descritos. Mundo nuevo, pensamientos y vivencias nuevas, sin posible comparación entre sí; circunstancia que presta a cada vida un terrible y angustioso aislamiento. Uno va leyendo los sucesivos capítulos, historia de cada vida, creyéndolos un paso a una síntesis final. Pero la síntesis no llega a producirse. Sí, hay un momento crucial, punto de máxima amplitud del péndulo que hemos visto ascender empujado por tantas manos, a partir de un cero de equilibrio. Una vez alcanzado, desciende el péndulo por inercia, para quedar en un punto muerto. Y esta inercia, sometimiento a un destino, también es múltiple, también es análisis y no síntesis. Los personajes siguen solos; dolorosamente solos.

La anécdota de la obra la constituye un

atracado. Preparación y desenlace. El atracador, su compañera, su padre, una pareja de guardias, un tabernero y el dueño y los empleados de la casa elegida como víctima del robo son los personajes sobre los que recae la acción.

La novela parece escrita sobre celuloide. Podría ser una gran película, aunque, a mi modo de ver, no sea una gran novela. Parece reclamar el gesto y la expresión que no vemos, pese a que muchas veces uno vive la sensación de verla proyectada en una pantalla. Hemos visto tanta película de gangsters, que el trabajo de nuestra imaginación resulta fácil.

El tema, desde luego, no es de mi agrado. Pero reconozco en esta novela un raro e indiscutible mérito. Los personajes están muy bien dibujados; dibujos al carbón, de esbozo, pero de trazos certeros. Cada uno es como es; sin concesiones. Y, además, la angustiosa soledad de cada uno de ellos, la condena clarísima de una imposible comprensión entre unos y otros es tan patente y tan angustiosa, que no puedo por menos de felicitar a su autor por haber conseguido su propósito. Propósito puesto de manifiesto en el título y en el lema de la obra. «Los otros». Sí, los otros, antítesis de los nuestros, de nosotros. Y dice el lema:

«Ea, pues, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.» (Génesis, XI-7)

Huelga decir que el libro es triste y desconsolador.

Para terminar, diremos como el tabernero de la obra:

«...y sin saber exactamente por qué, nos sentimos desgraciados.»

De todas formas, por poco que se indagara, llegaríamos al por qué, y quizás, también, a un posible remedio. Remedio que como una lejana y débil luz no deja de iluminar el sombrío paisaje de la novela.

**L. d'Andraitx**